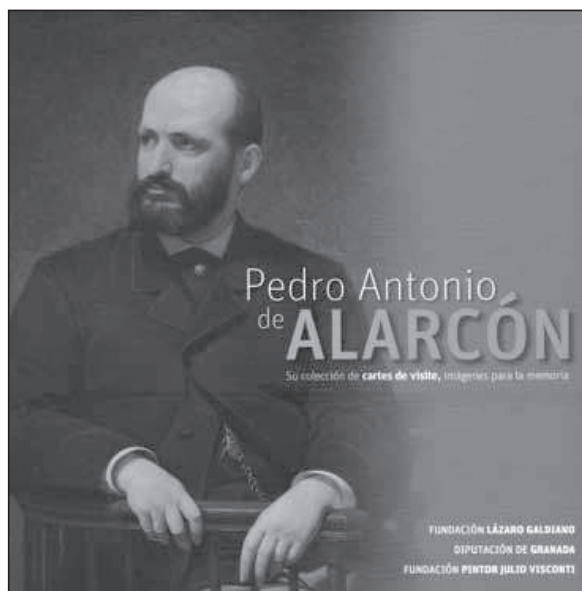


**AA. VV. Pedro Antonio de Alarcón. Su colección de cartas de visite, imágenes para la memoria. Madrid-Granada: Fundación Lázaro Galdiano, Diputación de Granada, Fundación Pintor Julio Visconti, 2013. 212 págs.**



Dentro de ese proceso democratizador de la imagen generado por la invención de la fotografía, la llamada *carte de visite* (tarjeta de visita) constituye el modelo más acabado en la popularización del retrato. Para la sociedad contemporánea actual, productora y consumidora de imágenes, no solo la *vera effigie* de sus protagonistas más destacados es absolutamente conocida y reproducida, sino que los nuevos instrumentos de captación fotográfica y las redes sociales han posibilitado la proyección instantánea y casi infinita de quienes integran nuestro entorno más inmediato. Todo ello promueve la gestión, conservación y difusión de múltiples apariencias cuya acumulación se ha visto reforzada por el avance de las técnicas digitales.

Este mediático proceso, iniciado desde el preciso instante en que Daguerre dio a conocer su invento, alcanzó un punto culminante cuando André Disdéri patentó un sistema de obtención de varios negativos con una misma placa en 1854. El éxito inmediato de esta nueva fórmula de producción de retratos fotográficos a tamaño reducido de 9 x 5,5 cm, popularizó la *carte de visite* entre todas las clases sociales. Artistas, políticos, papas, emperadores y personas anónimas no pudieron sustraerse a esta forma de retrato por su rapidez, verosimilitud y economía. Sin embargo, lo más sorprendente se halla en cómo este género favoreció una demanda social creciente por poseer los retratos de figuras distinguidas de la sociedad de la época. Con ello fueron formándose colecciones como la atesorada por Pedro Antonio de Alarcón que custodia la Fundación Lázaro Galdiano.

Estos álbumes, conformados por varios cientos de fotografías en el formato de *carte de visite*, ofrecen un triple interés. Por un lado, el meramente iconográfico como documento capaz de mostrar la apariencia de cualificados personajes del momento. A lo cual se añaden todas las consideraciones históricas, estéticas y sociales que informan acerca del funcionamiento de los principales talleres fotográficos (Disdéri, Laurent, Martínez de Hebert, Juliá...) y el comercio de este tipo de imágenes. Pero aún más importante, como cualquier otra forma de coleccionismo, nos acerca un poco más a la personalidad de su propietario, sus intereses e inquietudes, sus aspiraciones íntimas e incluso sobre las tendencias mitómanas del escritor accitano. Resulta evidente que la multitud de personas cuya imagen quedó atrapada en las fotografías que nutren estos álbumes no formaban parte del entorno alarconiano, la mayoría de los cuales jamás oyó hablar de sus escritos,

pero cada uno en su contexto conformó ese universo personal y hasta creativo que le acompañó durante toda su existencia.

Con motivo de la catalogación de esta colección, gracias a la labor eficaz de Juan Antonio Yeves Andrés, buena parte de esos anónimos personajes han dejado de serlo para dotar de apariencia real a quienes hemos conocido hasta ahora solo por sus acciones destacadas. La exposición, celebrada inicialmente en la sede madrileña de la fundación en 2011, se ha exhibido oportunamente en Guadix, con cuyo motivo se ha editado un catálogo que incluye varios estudios del comisario de la muestra sobre el itinerario bio-geográfico de Pedro Antonio de Alarcón, de Granada a Madrid y de África a Italia; o el estudio de los talleres fotográficos presentes en la colección, a cargo de Juan Miguel Sánchez Gil y María Olivera Zaldúa. Por su parte, José Manuel Rodríguez Domingo traza la situación socio-política y cultural de la capital accitana en el periodo que el escritor la habitó hasta su marcha a Granada. Mientras que el escritor Antonio Enrique elabora una sugerente semblanza, íntima y personal, del admirado autor de *La pródiga* o *El sombrero de tres picos*. Por último, se incorpora el artículo que la periodista Julia Luzán dedicara a la colección en un semanario nacional, y que le valiera el Premio Nacional de Periodismo otorgado por el consistorio accitano. Un legado, en definitiva, recuperado y accesible que ofrece tanto el interés humano por quedar retenido en la memoria, como el deseo profundo de asumir vidas ajenas.

Ana María GÓMEZ ROMÁN  
*Universidad de Granada y Centro de Estudios «Pedro Suárez»*